

**El origen de “El coloquio de los perros” según Amezúa:
Un ajuste de cuentas con un crítico fascista**

John Beusterien
(Texas Tech University)

Al escribir un libro dedicado a la representación de los perros en Cervantes y Velázquez, me impresionaron la soltura del estilo, erudición y lucidez de Amezúa; más que ningún otro crítico, Amezúa me ofreció una gran cantidad de fuentes literarias para entender el contexto histórico en que escribió Cervantes su famoso diálogo canino. En la versión final de ese libro (*Canines in Cervantes and Velázquez: An Animal Studies Approach to Early Modern Spain*), a sabiendas de deber mencionarle, me limité tan solo a citar las fuentes originales que este crítico me había señalado sin nombrar nunca su persona. La imposibilidad de este reconocimiento se debía a lo que consideré una excesiva ceguera crítica en su acercamiento. Sin embargo, y a pesar del gran desacuerdo que existe entre el acercamiento metodológico de los dos, mi estudio estableció una clara deuda con este crítico que en estas páginas propongo saldar.

Al reconsiderar la obra de Amezúa, habría que volver al estudio de la política nacional y a la estética del siglo XX español. Con todas las preguntas subyacentes, pero esenciales, que esa vuelta nos produce surge hasta qué punto debemos respetar el campo crítico de aquel entonces o censurar la medida en que esa crítica fue cómplice con el régimen franquista. Quizá deba empezar por reconocerse, sin embargo, que el trabajo de Amezúa empieza antes de Franco—su edición de “El coloquio de los perros” ya había ganado un premio en 1912. No obstante, su carrera floreció durante los años nacionalistas y su legado crítico no desapareció con la muerte de Franco y no se limita a las fronteras íberas. Al presentar una versión de este trabajo en Buenos Aires en 2013, los latinoamericanistas cervantistas conocían su trabajo y compartían esta ambigüedad hacia su legado. Al volver a examinar el controvertido trabajo de Amezúa vuelven a presentarse las preocupaciones de entonces: ¿Cómo puede la crítica seguir a este crítico a la vez que lo rechaza? ¿Cómo se puede seguir practicando su metodología filológica cuando éste consagró y promulgó la ideología católica bajo el régimen franquista?¹

Este trabajo por un lado respeta la lectura de la obra de este crítico español que abiertamente apoyaba el franquismo; pero por otro incide paradójicamente en los graves fallos de su crítica. Al iluminar ciertos aspectos de la propia biografía del cervantista, pretende mostrar cómo los factores en su formación académica y su concepción del catolicismo afectaron su lectura de “El coloquio de los perros”. Especialmente relevante resulta la proyección que hace el crítico de una actitudes del siglo XX de la época franquista al siglo XVII. Específicamente, deja inmiscuirse un ideario del catolicismo entremezclado con el universalismo franquista en su lectura de Cervantes. La imposición del momento histórico actual en la crítica para mí no supone un fallo en sí – mi perspectiva crítica, especialmente con respecto a la historia de la raza, practica también un cierto presentismo. Pero el presentismo de Amezúa ni es intencional ni auto-reconocido.

Los logros de Agustín de Amezúa son varios: era Académico de Número de la Real Academia de la Lengua, Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes, miembro numerario de la Real Academia de Jurisprudencia, Presidente del Consejo Superior de

¹ Mientras que no se han estudiado a Amezúa y Cervantes bajo el régimen franquista, sí se ha estudiado el teatro del siglo de oro bajo el régimen. Ver Duncan Wheeler, especialmente el capítulo 1, “The Performance History of Golden Age in Spain”.

Investigaciones Científicas, y fundador y presidente del Instituto de Estudios Madrileños. En una obra dedicada al cincuenta aniversario de este instituto, uno de los autores alaba a Amezúa como “una figura excepcional en el campo de la cultura de su tiempo, pues pocos españoles podrían decir otro tanto, seguramente ninguno” (Corral Raya 70). Amezúa dedicó una larga carrera a la literatura e historia del Siglo de Oro, con obras dedicadas a María de Zayas, Lope de Vega y Cervantes. El trabajo filológico de Amezúa en “El coloquio de los perros” es el más riguroso y completo que se ha llevado a cabo en los 400 años desde que fueron publicadas “Las novelas ejemplares”.

Sus maestros incluyeron a Francisco Rodríguez Marín y Marcelino Menéndez Pelayo. Empleando las técnicas alemanas decimonónicas, influido por el ultra catolicismo de su abuelo, y por la extensa biblioteca del mismo, Amezúa tuvo un dominio enciclopédico sobre las obras que pudieron haber ejercido alguna influencia en Cervantes a la hora de escribir “El coloquio.” Hasta tal punto que su comentario y edición del libro de 1912 sigue siendo hasta hoy día el más detallado, trabajado y completo. La edición contemporánea de Cátedra de Harry Sieber, reeditada durante más de 26 años, se basa en la obra crítica de Amezúa. Sieber, sin embargo —al igual que otros críticos (entre los que me incluyo)—, omite un reconocimiento expreso a Amezúa, limitándolo a las notas a pie de página. La influencia de Amezúa en la obra de Sieber es constante y se manifiesta en cómo lee a Cervantes. El legado crítico de Amezúa demuestra así la influencia de su pensamiento en varias generaciones críticas. ¿Cómo evaluarlo, pues, a través de un criterio ideológico?

Amezúa parece estar sumamente atento al contexto histórico de Cervantes, así que es sorprendente ver las influencias personales del catolicismo que influyen en Amezúa y no el significado de la institución del catolicismo dentro de su contexto al principio del siglo XVII. En su obra publicada dos años después de su muerte dedicada a las novelas ejemplares de Cervantes, Amezúa constantemente repite que Cervantes es buen católico y, con respecto a “El coloquio de los perros” en concreto, Amezúa incide en el hecho de que Cervantes utiliza la voz de Berganza y Cipión para expresar este catolicismo. Amezúa asegura que los perros servían de voceros de las ideas de Cervantes y que “los dos canes” eran “un admirable ejemplo de lealtad y mansedumbre”.

Existe algo iluminador sobre la crítica de Amezúa si se cambia el sujeto de esta frase; en lugar de asumir que leemos a un Cervantes como leal y complaciente, se podría visualizar a un Amezúa leal y complaciente. Es decir, un crítico leal al régimen y la ideología de Franco. Cuando Amezúa caracteriza a Cervantes dice que, siguiendo la corriente y la ideología hegemónica de principios del XVII, el escritor seguía la política dominante sin cuestionarla. Con respecto a la cuestión morisca, por ejemplo, Amezúa escribe que Cervantes, como “buen español”, abomina de los moriscos como “lo hicieron asimismo al unísono todos sus contemporáneos” (439). También asegura que el creador del Quijote era un “viejo hidalgo de limpia sangre y español apasionado” (429). Como crítico bajo el techo del franquismo, Amezúa, aunque conoce el trabajo de críticos menos ortodoxos como Américo Castro que cuestionaban la existencia de una España católica homogénea y el papel de Cervantes como vocero de esta ideología. Sin embargo, cuando comprueba la posición anti-morisca de Cervantes, Amezúa solo cita un texto que reúne la condena a los moros de la época para comparar sus ideas con las de Cervantes.

Mi lectura de sus escritos me lleva a identificar tres factores biográficos e históricos que parecen determinar el significado del concepto del *católico* en el trabajo de Amezúa: las influencias de su abuelo, la influencia de su formación académica jesuita en Valladolid, y el

deseo de ver un catolicismo que une el mundo hispanoparlante. Quizá estas tres cuestiones surjan de la primera, de su abuelo, Ramón Nocedal, también formado por jesuitas y dueño de una de las mejores bibliotecas del siglo XIX. Nocedal fue también fundador y jefe del partido integrista o el Partido Católico Nacional en 1888, un partido que ejercería una gran influencia en cómo se integraría el catolicismo en el gobierno de Franco durante el siguiente siglo.

Influido por su abuelo, el catolicismo de Amezúa se canalizaría con moldes propios durante su carrera en el colegio de jesuitas de Valladolid, razón quizá por la que exalta la importancia del periodo de Valladolid en su crítica de Cervantes. Como imagen que refleja su argumento sobre la gran influencia de los eventos del hospital vallisoletano descrito en “El coloquio de los perros”, Amezúa incluye una imagen de la fachada del mismo al principio de su edición premiada de 1912.

El particular catolicismo jesuita de Amezúa florece durante sus años con cargos oficiales en el gobierno franquista, marcado por un deseo de unir los pueblos hispanos. La misión de embajador entre países hispanoparlantes aumentó en la última década de su vida y siguió hasta su muerte. Su amigo Ramón Pérez de Ayala escribió que el día antes de su muerte en 1956, Amezúa había reunido a varios escritores españoles y argentinos (Corral 72). Como parte de una política en los años 50 en que Franco intentaba normalizar relaciones internacionales tanto con Europa y los E.E.U.U. como Latinoamérica, Amezúa intentaba unificar de manera filológica el mundo hispanoparlante en una época en que muchos países se separaban de Real Academia Española.²

Para Amezúa, la experiencia de Cervantes de haber observado a un personaje histórico real, Mahudes, y a sus dos perros vivos en un momento preciso y particular de su vida es la clave para entender el origen verdadero de “El coloquio de los perros”. En la historia que sirve como marco narrativo en “El casamiento engañoso”, el enfermo Campuzano dice que veía pasar a “los perros de Mahudes”. Para la mayoría de críticos Mahudes no es un personaje de renombre de “El coloquio de los perros”. Sin embargo, para Amezúa es un importantísimo personaje histórico de carne y hueso, cuya existencia verdadera prueba realidades concretas en la vida de Cervantes. Amezúa proporciona una de las biografías más completas que existen en la crítica sobre el personaje histórico conocido como Mahudes. El Hospital de la Resurrección fue completado en 1591 en Valladolid y este hombre, Alonso de Mahudes, según documentos de los archivos que Amezúa desempolvó, entró en él para cuidar de los enfermos y ayudarlos. El crítico explica que Mahudes vivía en Valladolid cuando Cervantes vivía allí. Así que, distanciándose de otros estudiosos, Amezúa oculta el encuentro de Cervantes con la vida carcelaria de Argel o sus peripecias en Sevilla y, en cambio, resalta su experiencia vallisoletana observando a dos perros como la clave para entender su importante producción literaria y el origen de “El coloquio de los perros” y resalta este dato de tal modo que incluye la fotografía donde trabajaba Mahudes como frontispicio de su edición de 1912.

Atento al contexto literario e histórico de cada palabra y frase de “El coloquio de los perros”, nuestro crítico no esconde su emoción al exponer lo que considera este encuentro tan significativo de Cervantes con los perros de Mahudes. Rompe su análisis del contexto histórico para exclamar con signos de admiración:

² El catolicismo de Amezúa forma parte del movimiento de Franco de unirse todos en una “familia católica”, una reacción al ostracismo internacional frente a Franco entre 1946-1950 (ver Callahan, especialmente 404-05). Fue firmado un acuerdo con países latinoamericanos el 26 de septiembre de 1953. Para más detalles sobre la integración internacional del estado franquista en los años 50, ver Neila Hernández.

¡Cuántas noches, Cervantes, asomado de pechos a la ventana de su casa los vería pasar o se tropezaría con ellos de vuelta a ella y qué extraños y confusos pensamientos se levantarían entonces en su imaginación de novelista, viendo en los dos canes no solo un admirable ejemplo de lealtad y mansedumbre, sino posibles protagonistas de un relato en el que sirvieran de voceros de sus propias ideas y reflexiones! (*Cervantes* 412-13)

Amezúa no percibe la complejidad de la voz narrativa cervantina cuando concluye que los dos perros “sirvieron de voceros” de las propias ideas de Cervantes. El texto de “El coloquio” tiene un gran número de capas narrativas que separan la voz del autor Cervantes de las variadas voces que pululan en la obra y, al incorporar la idea de vocero, Amezúa ignora por completo la compleja y enriquecida narrativa cervantina.

Su obra presenta una imagen emotiva y atractivamente costumbrista de Cervantes asomado a una ventana viendo a los dos perros de Mahudes, pero no produce documentos para apoyar su conclusión que los dos perros Cipión y Berganza eran alanos vivos que pertenecían a Mahudes. La única referencia histórica que pretende dar Amezúa para comprobar que éste personaje tenía en la vida real dos perros que se llamaban así es lo que él dice ser el propio testimonio de Cervantes en el texto de “El coloquio de los perros”, es decir, “los perros de Mahudes”, tornando el propio texto de la obra de Cervantes en un círculo hermenéutico que se muerde su propia cola de contraste y auto-referencia y poca validez crítica.

Se puede, de todas formas, sacar provecho del énfasis que Amezúa da a la experiencia de Cervantes con los perros. Su observación del perro (no necesariamente los de Mahudes) es fructífera a la hora de crear la ficción. En ese sentido, mi trabajo sobre “El coloquio de los perros” debía haber reconocido a Amezúa en el libro dedicado a los perros en Cervantes y Velázquez. Amezúa reconoce que Cervantes conocía las razas, sus costumbres y la manera en que se relacionaban con seres humanos de todo tipo. Es decir que Cervantes no solo conoce muy bien la sociedad humana de su tiempo, sino la de los perros que eran asistentes de carniceros, pastores, animales de espectáculo o compañeros en casa.

Aunque su obra es históricamente imprecisa, su énfasis en la experiencia entre Cervantes y los perros abre la posibilidad de comentarios críticos de la novela a través de la perspectiva de la influencia del animal en la escritura cervantina. El desvío en la metodología de Amezúa—un salto a la emoción y la conclusión sumamente no filológica sobre un Cervantes que observa a los perros de Mahudes—indica el poder que tiene la observación de un animal vivo. Mirar a estos canes puede distraer y desviar a uno de cualquier quehacer humano. Del mismo modo que al andar por la calle para cumplir un mandado uno se distrae y se fija en la actividad del animal, así Amezúa se distrae de su quehacer filológico para inventar un momento en la vida de Cervantes. Esta distracción se hace eco de un gesto, para mí fundamental en la obra cervantina: la distracción, que es toda la obra en sí para el soldado al escuchar la historia de los perros leída por el licenciado. El personaje de Campuzano, por ejemplo, está escuchando la historia con distracción amena y constructiva y al final de la historia los dos pueden salir juntos otra vez a disfrutar el paseo y los placeres de la vida.

A pesar de—o mejor dicho por el hecho de—cambiar su método de análisis literario en su descripción de los perros de Mahudes, Amezúa toma conciencia de cuán central es esa distracción “perruna” fundamental en Cervantes y nos recalca “este hallazgo” considerándolo como uno de los grandes descubrimientos filológicos de toda su carrera. Es tan importante que se cita a sí mismo medio siglo después de su famosa edición de *Las novelas ejemplares*, un libro en que trabajaba en 1958, año en el que muere:

Bien sé yo—escribí hace ya bastantes años, al evocar esta misma escena de la procesión nocturna de Cipión y Berganza, ora con el buen cristiano Mahudes, ora con los Hermanos de la capacha—que pretender buscar aquel momento etéreo e impalpable de la inspiración en que germina dentro de la mente del artista creador la imagen primera de su idea, la célula, el átomo, el punto viviente que ha de crecer y agigantarse lentamente desde aquel instante, para convertirse en obra humana, es atrevimiento más que mayúsculo, y casi, casi, echando las claras por delante, supina tontería. (*Cervantes* 413)

Se ve surgir la ceguera con respecto a la religión en su análisis al llamar a Mahudes “buen cristiano”. Nunca se le ocurre explorar que una influencia árabe podría existir en la vida de Mahudes, una cuestión que salta a la vista al considerar su nombre no cristiano.

Con una carrera establecida y con renombre, Amezúa regresa con añoranza a lo que para él fue el culmen de su trabajo como crítico literario. Al decir: “Escribí hace ya bastante años” se refiere a una cita de su edición del coloquio de 1912 (*Cervantes* 78), el primer gran éxito suyo, la obra que ganó medalla de oro de manera unánime y el premio al mejor libro de la Real Academia Española de aquel año, y que le había marcado el comienzo de una carrera fructífera. El momento que le lleva a citarse a sí mismo, en la mismísima frase de este primer estudio, indica cómo podría considerarse esta observación sobre Cervantes y los perros como el descubrimiento que le daría renombre como crítico, aunque pudiera resultar “casi casi” una “supina tontería”.

Aparte de reconocer que su asunción crítica fuera atrevida y lindase con la bobería, se percibe una influencia del romanticismo matizado por el catolicismo aquí analizado. Admite Amezúa que buscar el momento impalpable en el que la inspiración germina en la mente del artista para concebir la idea de una obra se acerca a la tontería. Sin embargo, Amezúa, igual que atribuye a Cervantes el proceso de haber comenzado con el átomo de la inspiración de su obra, se pinta a sí mismo como el crítico que ha descubierto la intención verdadera del autor. En un retrato del artista heredado de los románticos alemanes del principio del siglo XIX, el material artístico para Amezúa se origina del genio de un momento inspirado, se asemeja a la brisa que produce una nota en el harpa eólica, que a su vez da comienzo a toda una sinfonía de creación literaria. Amezúa pretende ignorar el avance del tiempo en su crítica de Cervantes. Asume que existe un momento inefable y originario en la gran obra creativa humana; un germen identificable de la inspiración que pertenece a un *langue duree*, un tiempo fuera del tiempo, una idea que combina en sí un supuesto literario romántico con su versión del catolicismo.

Al estudiar y reconocer la obra de Amezúa y su influencia en nuestra crítica actual, no debemos bridarle homenaje sin más a su legado, pero tampoco desecharlo completamente. Una reflexión sobre él también sirve para explicar argumentos sobre nuestra propia formación y el valor que tendrán estos argumentos después de que no estemos. Los críticos de su época alaban a Amezúa por su tolerancia. Agustín Cossio lo encomia porque fue “un Académico modelo por su dedicación sin regateos, por su comportamiento moderado, por su estilo personalísimo de cortesía irreprochable, por su sentido de la tolerancia, que es la cortesía de la inteligencia” (citado en Corral Raya 80). Tal vez este trabajo sea un ejemplo más de los límites de la tolerancia, dado que reconoce el valor en el trabajo de Amezúa y, al mismo tiempo, puntualiza los límites del contexto histórico en que trabajaba. El ejemplo de Cossio nos recuerda dichos límites, dado que vincula al crítico con el nacionalismo de su época. Por una parte, Cossio, otro gran especialista en la literatura e incluso en el Siglo de Oro (es autor de *Lope, personaje de sus*

obras), dejó un legado literario variopinto, con obras que incluyen por ejemplo estudios sobre “la fiesta nacional de los toros”.

Si vamos a seguir estudiando la riqueza del pensamiento literario y cultural de España en los siglos XVI y XVII, como críticos no deberíamos poder eludir las deudas al trabajo crítico de autores ideológicamente franquistas, como el trabajo de Cossio o de Amezúa. Pero hay que señalar que críticos como Cossio estuvieron vinculados a un proyecto nacionalista como por ejemplo los toros—y su incapacidad de reconocer el derecho del animal, es decir, los toros. O en el caso de Amezúa, su trabajo se vincula a su proyecto nacionalista, concretamente al catolicismo de la época.

Habría que resaltar que esta ideología resulta en una incapacidad de tolerar el Islam como muestra Amezúa cuando dice que Cervantes abominaba de los moriscos. Otro crítico contemporáneo de Amezúa, y que con Cossio alaba a Amezúa, Emilio García Gómez, resume así su opinión sobre el crítico: “Sus libros son de primer orden, bibliógrafo distinguidísimo, escritor atildado, fiel a la tradición y abierto a lo nuevo, incapaz de doblez y de mal” (citado en Corral Raya 80). A García Gómez, embajador en Iraq, Líbano y Afganistán durante el régimen franquista, le debemos el mayor legado filológico, cultural y literario del árabe medieval español. Sin embargo, críticos de la época franquista como Amezúa, que simplemente concluye que Mahudes era buen cristiano, ignoraban la continuación de la cultura árabe en la España del Siglo de Oro (para ver un ejemplo de cómo seguía la cultura árabe en la España del Siglo de Oro, ver Barletta).

Con respecto a la cultura árabe en el trabajo de Cervantes, además de replantear el peso y el papel de figuras históricas como Mahudes, podemos considerar el peso que ha tenido la ficción de Cervantes en el desarrollo de la literatura árabe. Lisa Vollendorf indica que escritoras como Assia Djebar de Argelia han citado el personaje de Cervantes, Zoraida, como la fundadora de un legado feminista islámico, es decir la madre literaria de las mujeres escritoras árabes (323). Quizá, por tanto, igual que yo mismo habría debido subrayar la importancia de Amezúa en mi libro sobre los perros y Cervantes, habría que reconocer también el papel que juzgó Amezúa con respecto a la recuperación de la voz de la mujer del Siglo de Oro y que es claro en el caso de María de Zayas, un caso que Vollendorf estudia (*Reclaiming the Body*) y cuyo legado empezó de manera fuerte con el trabajo filológico de Amezúa (Zayas). Pero con esta referencia, señalo e incluso saldo una deuda que solo puede traer como consecuencia producir otras muchas.

Obras citadas

- Amezúa y Mayo, Agustín G. *Cervantes: Creador de la novela corta española*. Madrid: CSIC, 1958. 2 vols.
- Barletta, Vincent. *Covert Gestures: Crypto-Islamic Literature as Cultural Practice in Early Modern Spain*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2005.
- Beusterien, John. *Canines in Cervantes and Velázquez: An Animal Studies Reading of Early Modern Spain*. Series: New Hispanisms: Cultural and Literary Studies. Aldershot: Ashgate Publishing, 2013.
- Callahan, William J. *The Catholic Church in Spain, 1875-1998*. Catholic University of America: Washington D.C., 2000.
- Cervantes, Miguel de. Agustín G. Amezúa y Mayo ed. *El casamiento engañoso y el coloquio de los perros*. Madrid: Bailly-Baillière, 1912.
- Corral Raya, José del. "Don Agustín González de Amezúa". *Fundadores del Instituto de Estudios Madrileños*. Madrid: CSIC, 2003. 77-90.
- Neila Hernández, José Luis. "The Foreign Policy Administration of Franco's Spain: From Isolation to International Realignment (1945-1957)". In Christian Leitz & David J. Dunthorn eds. *Spain in an International Context, 1936-1959*. New York: Berghahn, 1999. 277-98.
- Vollendorf, Lisa. "Cervantes and His Women Readers". *Romance Quarterly* 52 (2005): 312-345.
- . *Reclaiming the Body: María de Zayas's Early Modern Feminism*. University of North Carolina Studies in Romance Languages and Literatures: U of North Carolina P, 2001.
- Zayas y Sotomayor, María de. Agustín G. Amezúa y Mayo ed. *Novelas amorosas y ejemplares*, Madrid: Artes Gráficas, 1948.